

22 de septiembre de 1985

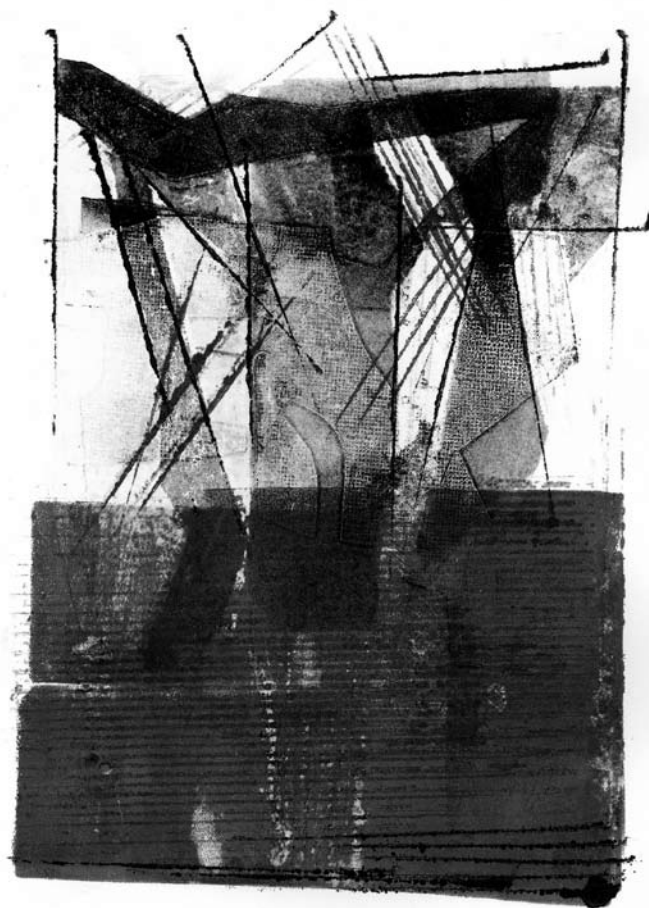
Marco Antonio Campos

para Rafael Ramírez Heredia

NO PODÍA DORMIR. Temía moverse por no despertar a Mónica, quien tenía ligero el sueño. Apenas hacía una hora habían llegado del albergue, donde laboraron toda la jornada.

La mañana del 19, luego del terremoto, Sergio Montañés había estado en su laboratorio de rayos x, situado en la calle de Monterrey, en el barrio de la Roma. El edificio (era condominio) se dañó irreparablemente pero logró sostenerse. En la tarde, acompañado de Mónica, fueron a la escuela improvisada de albergue en la calle de Jalapa donde clasificaron ropa, medicina, comida. Querían sentir menos el peso de la inutilidad, sentirse menos deprimidos, menos culpables de saberse vivos en una ciudad de espectros. Aún no se recuperaban de lo sucedido el 19 y de lo que se iban enterando de lo pasado el día siguiente, cuando a las 7:38 del 20 volvió a temblar poderosamente. La gente salió como disparo de bala del albergue, de casas y de edificios vecinos, y corrían, gritaban, gritaban, gritaban que ya no, que ya no, que por Dios ya no, que Dios no podía seguir castigándolos así, no, no. Ahora, siete horas después, la sensación de movimiento bajo el cuerpo, el vértigo, la imagen de los edificios tambaleándose, los gritos de desesperación, se repetían en su memoria fatigada. Colocándose durante el segundo terremoto en un lugar donde no podían ser alcanzados por muros o postes o cables, Sergio y Mónica imaginaron lo peor. Cuando cesó el movimiento, Sergio se encaminó lleno de incertidumbre hacia el laboratorio temiendo encontrárselo en ruinas. Casi lloraba.

Cuando llegó y vio el edificio en pie, respiró de alegría y alivio, se sintió más ligero, estuvieron a punto de salirse las lágrimas y dio gracias a Dios y al azar en medio de tanta



desgracia. Salvo capas de polvo sobre el suelo y los aparatos y algo de mampostería desprendida, todo estaba igual.

De vuelta al albergue se encontró casualmente con Francisco, en el cruce de Yucatán y Chiapas. El temblor había sorprendido a Francisco en la calle de Querétaro mientras entrevistaba rescatistas.

—Creí que terminaba todo —dijo.

Sergio repuso que ya estaba harto de ciudad de México y pensaba irse a Puebla, a Querétaro o a Cuernavaca a vivir. Lo más seguro era Puebla.

—Ya lo he hablado con Mónica, y ahora con esto va a haber gastos fuertes por el traslado de los aparatos y el giro y mejor aprovecho para llevármelos fuera.

—¿Y cuándo piensas irte?

—Si pudiera mañana, me iba.

Cada vez que Francisco se encontraba con Sergio (se veían cada vez menos) le regresaban imágenes de la adolescencia y la primera juventud. Desde hacía tiempo a Francisco, al evocar ese lapso, el peso de las sombras del recuerdo y los recuerdos de sombras se le agolpaban dolorosamente en la garganta y en el corazón y le hacían cerrar dolorosamente los ojos. “Una adolescencia y una juventud, y mal vividas”, pensaba para sí. Ahora que Sergio se iba definitivamente de la ciudad se quedaría aún más solo, o más aún, seguirían acumulándose en torno de él más sombras e imágenes de un pasado que eran como sombras e imágenes en movimiento.

Al llegar al albergue se despidieron.

—Salúdame a Mónica, por favor. Voy al periódico a llevar el reportaje.

Ninguno de los dos imaginó que no se verían más.

Sergio veía como en una luz seca y casi marchita la recámara. Vio el reloj: 3:25 de la mañana. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iban a hacer? Tres años habían pasado desde las primeras grandes devaluaciones. La pobreza ya entraba por la puerta abierta a la casa de la miseria. Recordó los tres días en la cárcel que pasó en el 1968 con Ernesto y Pablo, cuando el ejército tomó la universidad. Por ese periodo aún se podía soñar que podía soñarse. Que otro país era posible y que México no se precipitaría en un pozo sin fondo. Que la hierba no era como la carne. Pero después la desidia, el irse encerrando en una pequeña cueva de egoísmo, los años fáciles y el matrimonio correcto, lo fueron apoltronando y haciéndolo entrar en un mundo confortable, tranquilo, y sin duda feliz.

Pensó en los amigos. ¿Qué estarían haciendo? No recordó ni siquiera bien a bien las últimas veces que los había visto. Debería buscarlos, se dijo. Pero sólo de pensar en hacerlo sintió pereza. ¿Para qué? Ya nos encontraremos. Salvo muy de vez en vez con Alonso, antes de que hubiera problemas, rarísima vez veía a los otros. Por un momento volvió borroso el recuerdo de una borrachera adolescente, cuando arrojaron una madrugada una botella a la ventana del cuarto de Fernando Lozano. Sólo él podía aguantarnos una broma así, sonrió. Hizo cuentas. No recordaba bien. Deben ser casi veinte años que se mató en la carretera.

Repiqueteó el teléfono. Se sobresaltó. Brincó de la cama, más por impulso que por agilidad.

—Sí, ¿bueno?

—Sergio, habla Alonso. Es urgente. Después discutimos lo que quieras pero óyeme ahora. Gladys acaba de telefonarme. Tomó pastillas. Me acusa de ser el causante. Está arriba, en su departamento. Llénenla al hospital Mocel, por favor. Rosalía está aquí y sabes cómo están las cosas delicadas. Junta a todo esto que con el temblor del jueves se le cayeron dos edificios a mi padre, y siguen sacando cuerpos.

—Lo sé, ¿y la hija de Gladys?

—Está con la abuela.

Colgaron.

—¿Quién era? —preguntó somnolienta Mónica.

—Vístete rápido —dijo Sergio con una rabia pura y absoluta, mientras se ponía los pantalones—. Gladys quiso suicidarse.

—¡Cómo!

—No pudo elegir mejor fecha. Sólo le faltaba esto para redondear una vida banal y estúpida.

—¿Y la niña? No lo habrá hecho estando la niña allí.

—Está con la abuela.

Acabaron de vestirse. Salieron y subieron a tranco largo los tres pisos que los separaban. Sergio apretaba los dientes. Sentía que pecho y estómago le estallaban por la furia.

Tocaron.

—¡Gladys! ¡Abre! Somos Sergio y yo.

—Déjenme... —contestó sin mucha convicción.

—No empieces, por favor. No seas tonta —dijo Mónica.

—Váyanse...

—No puedes dejar así a la niña —dijo Mónica.

—Si no abres, tiro la puerta —sentenció Sergio apenas reprimiendo la ira.

Salieron de su departamento de la calle Miguel Laurent, en colonia del Valle, y tomaron por Heriberto Frías. Mientras conducía el Datsun de Mónica, Sergio sintió que en la ciudad se respiraba un aire de desamparo. Las luces mismas de los faroles parecían volver más triste y tétrica la noche. Vio por el espejo retrovisor y se encontró con el rostro de Gladys. Iba adormilada. La ira se le había mitigado y ahora se mezclaban desdén, lástima y ternura. Pensó en la vida confortable y vacía de Gladys, que para él era como la negación de una vida. Sin embargo, al recordar la situación de Alonso y su familia, el enojo volvió.

Entró a Félix Cuevas. Pasó Aniceto Ortega. A su izquierda vio de inmediato la puerta negra y blanca de la funeraria Gayosso. ¿A cuántos velarían ahora? Con tristeza recordó que la noche antepasada se velaron allí los 17 cuerpos de niñas que murieron bajo los escombros de lo que fue el Instituto Cultural que se hallaba en la esquina de Tlalpan



y Miguel Ángel de Quevedo. Pasó el parque, pasó la calle de Amores, pasó avenida Coyoacán, y lo detuvo en rojo el semáforo de Adolfo Prieto. Volvió por un momento la vista hacia el hospital 20 de Noviembre. Debería dejarla aquí pero no sale viva, pensó Sergio haciéndose una broma sangrienta. Se pasó el alto.

Buscó razonar la acción más tratándose de explicar que de justificarla. Alonso había vuelto a dejar a Gladys hacía un mes, luego de reanudar la antigua relación, porque Rosalía, enterada de todo, amenazó con absoluta seriedad dejarlo

en ese instante llevándose al niño. “Ahora mismo”, subrayó. Alonso bajó la cabeza y dio todo género de disculpas. El repentino abandono, las borracheras (ahora más sórdidas y continuas), la información desconsoladora de los últimos dos días en ciudad de México, seguramente la minaron. Era obvia la venganza contra Alonso pero el instinto de supervivencia se impuso al fin sin ningún decoro ni estilo. No tomó la cantidad necesaria de pastillas pero se espantó ante la posibilidad de haberlo hecho. Si hubiera querido realmente suicidarse, se dijo Sergio, se hubiera dado un tiro o se hubiera arrojado desde la ventana.

Viró el coche hacia Patriotismo. Los carriles estaban despejados. La madrugada era oscura, fría, húmeda. Por fortuna, pese a ser época, no había llovido estos días. Imaginó a los atrapados bajo los escombros y la lucha angustiada de los rescatistas y voluntarios contra el tiempo. Se volvió hacia Mónica. Sonrieron con tristeza y cansancio.

Sin duda Gladys era una mujer atractiva pero su detallada capacidad de autodestrucción la proyectaba destruyendo lo que podía amar: familia, amistades, amantes, esposo, hija. Gladys consideraba muy elegante beber y desvelarse

hasta la vaciedad y era posesiva hasta una ferocidad absurda. Pero lo más irritante era su obsesión por las pequeñas venganzas. Sobreabundaban los: “me hizo esto y me la va a pagar”.

Luego del matrimonio de Alonso y Rosalía y de Rodolfo y Carmen en 1979, Gladys se encerró un mes en su casa, y después, por más de un año, cambió una y otra vez de pareja, hasta que en 1980 decidió casarse con Gilberto Bermúdez, un pretendiente rico de la adolescencia, dueño de una cristalería en el centro histórico, de quien tuvo la niña, y cuyo

matrimonio duró en el naufragio cerca de tres años. Por ese tiempo Gladys buscaba mucho a Mónica como apoyo. Se quejaba de que su esposo era el clásico macho mexicano que la quería tener todo el día en la casa y le gritaba todo el tiempo porque sólo le gustaban las telenovelas y no sabía nada de trabajos domésticos. Varias veces llegó a pegarle. Coincidió que luego de la separación se desocupó un departamento en el edificio de Miguel Laurent donde vivían Mónica y Sergio. En un gesto de simpatía o de piedad Mónica le dijo que por qué no ocupaba el departamento. Pese a que de inmediato percibió su error, ya era tarde. Gladys hizo cuentas, habló con el ex marido (que le pasaba una buena cantidad), y se mudó.

—Vas a ver qué problemas nos va a traer la tipa —reclamaba Sergio a Mónica, en una de las pocas veces que ésta lo había oído gritar en más de diez años.

Gladys no tenía trabajo. Como todas las mujeres que lo han tenido todo, Gladys no sabía hacer nada, pero para iniciar un trabajo quería un puesto ejecutivo y desde luego que la mandaran llamar. A lo más en su vida consiguió algunos servicios libres que le reportaban cualquier cosa.

Cerca de la navidad del 1983 Sergio invitó a Alonso para agradecerle una recomendación para conseguir mucho más barato unos aparatos de laboratorio. Rosalía estaba fuera de la ciudad y ella misma había tenido la delicadeza de disculparse antes. “Vengan un día a la casa, hace mucho no nos vemos”. Por una indiscreción involuntaria de Mónica se enteró Gladys de la cena y se hizo invitar. Sergio y Alonso, quienes lo ignoraban, fueron los primeros sorprendidos al verla. A la tercera copa Alonso, quien nunca fue simpático, reía a carcajadas. A la octava subieron juntos al departamento de Gladys.

—No sólo la trajiste al edificio, sino le has hecho un gran servicio a Rosalía —gritaba Sergio a Mónica.

A partir de entonces la amistad de Sergio y Alonso, que pese a los largos años de trato y conocimiento nunca fue profunda, se resquebrajó. Sergio prohibió a Mónica frecuentar

a Gladys y en un momento aun hablar de ella, porque era motivo de discusiones agotadoras.

—De ningún modo vamos a servir de cómplices o aquí termina todo —enfaticó Sergio.

Mónica lo vio tan decidido que acabó por doblar las manos.

Cuando Rosalía se enteró de la relación (ya había pasado más de un año y medio), Sergio envió a Mónica para explicarle que fueron ajenos a los hechos, y que desde entonces no cruzaba una palabra con Alonso. Eso pasó a principios de agosto; a los pocos días Gladys buscó a Mónica; Alonso había roto con ella. Mónica dijo que era lo mejor; Sergio respiró de alivio.

Cruzó José Vasconcelos, entró por José María Tornel, dobló a la izquierda por General Cano y dobló de nuevo a la izquierda para entrar por Gelati. Se estacionaron frente al hospital. Entre los dos cargaron a Gladys, subieron la escalera, y entraron. Al verlos hubo un rápido movimiento de médicos y de enfermeras.

—¿Ayudo? —preguntó ansioso un médico.

—Sí, por favor.

—¿Cuánto tiempo estuvo bajo los escombros?

—Sobredosis de barbitúricos —dijo Sergio con pena.

—¿Qué...?!

Con incredulidad el médico vio a los ojos de otro médico y a los ojos de dos enfermeras. Todos tenían el mismo gesto de incredulidad. En ese instante Mónica sintió vergüenza y rabia contra Gladys.

En la noche del mismo 22 la dieron de alta. Sergio y Mónica fueron a recogerla. De los edificios del padre de Alonso seguían sacando cuerpos. •

MARCO ANTONIO CAMPOS ha cultivado el ensayo, la poesía, el cuento, la novela y la crónica. Entre sus libros destacan *Que la carne es hierba* y *Viernes en Jerusalén*, por el que obtuvo el Premio Casa de América 2005, que se otorga en España.

